

ACTO III.

ESCENA PRIMERA.

El jardín de Leonato.

Salen HERO, MARGARITA y ÚRSULA.

HERO. Mi buena Margarita, vé á la sala:
Allí hallarás á Bëatriz mi prima
Hablando con el príncipe y con Claudio.
Dila al oído que Úrsula pasea
Connigo en el jardín, y que nuestra habla
Es toda de ella: di que nos oiste,
Y haz que se oculte en la enramada umbría
Do niegan paso al sol las madreselvas
Que medran á sus rayos; cual validos,
Por reyes encumbrados, que en su orgullo
Afrontan el poder que los creara.
Allí escondida bien querrá acecharnos.
Cumple tu encargo, y déjanos á solas.

MARG. La haré bajar en breve, os aseguro. (Váse.)

HERO. Cuando llegue Beatriz, Ursula, es fuerza,
Mientras de arriba abajo discurremos
Por esta calle de árboles, que sólo
Tratemos en nuestra habla de Benito.
Siempre que yo le nombro, á ti te toca
Encaramarle al cielo con elogios
Cual nunca mereció varon alguno;

Y á mí el contarte como está Benito
Muerto de amor de su Beatriz. Afla
Cupido así sus dardos, que certeros
De oidas sólo hieren.—Ahora empieza;
Pues mira do Beatriz corriendo viene,
Pegada al suelo como agachadiza,
A fin de no perder sílaba alguna.

Sale BEATRIZ y se esconde en el emparrado.

URS. El gusto del pescar es ver el pece
Cortar con remos de oro ondas de plata
Y ávido devorar el falso cebo.
Así á Beatriz pescamos, que ahora mismo
Oculta está en la madre selva umbrosa.
No os dé temor mi parte en el coloquio.

HERO. Acerquémonos, pues; no pierda nada
Su oreja de este dulce y falso cebo
Que astutas la tendemos. *(Se aproximan al emparrado.)*

(Alto.) Con franqueza,
Ursula, es por extremo desdeñosa.
Sé que es su corazón esquivo y fiero
Como el halcón indómito.

URS. *¿Y os consta*
Que ama á Beatriz con tal ardor Benito?

HERO. Así lo dice el príncipe y mi novio.

URS. *¿Y os encargaron de informarla de ello?*

HERO. Que yo se lo dijese me rogaron:
Yo contesté que si á Benito amaban,
Le instasen á pugnar con ese afecto,
Y que á Beatriz jamás lo revelase.

URS. *¿Por qué razón? ¿Merecedor acaso*
No es ese hidalgo á tálamo tan digno
Como el en que Beatriz yacer pudiera?

HERO. ¡Oh Dios de amor! Ya sé que bien merece
Cuanta felicidad al hombre es dable;
Mas pecho de mujer jamás tan duro
Como ese de Beatriz formó Natura.

Mofa y desden destella su mirada,
 Que humilla cuanto abarca; en tanto estima
 Su propia discrecion, que en nada aprecia
 La ciencia en los demas: querer no puede
 Ni recibir de amor estampa ó forma,
 Tan engreida está.

URS. Yo así lo creo.

Lástima fuera á fe que averiguara
 Cuánto la quiere: de él se burlaría.

HERO. Dices verdad. Jamás ví á hombre alguno,

Por sabio, jóven y gentil que fuera,
 A quien no desollara. Es rubio acaso,
 Pues que merece ser su hermana jura;
 Si es pelinegro, dice que trazando
 Natura un arlequin, hizo una mancha;
 Si es alto, lanza con torcida punta;
 Agata mal tallada, si es bajito;
 Si habla, veleta que á todo aire gira;
 Si calla, tronco que ninguno mueve.

Así les quita á todos el pellejo:
 Jamás da á la virtud y á la entereza
 Lo que al valor y al mérito compete.

URS. A fe, tanta aspereza no es laudable.

HERO. No á fe; ser tan extraña y cruda tanto

Cual lo es Beatriz, no puede ser laudable.
 ¿Mas quién podrá decírselo? Si hablara,
 Me mataría á chistes, con su risa
 Perdiera el seso, y me aplastara á pullas.
 Fenezca, pues, Benito soliozando,
 Y se consuma cual tapado fuego.
 Muerte mejor que no morir de mofa,
 Que es cual morir rabiando de cosquillas.

URS. Decídselo, no obstante, á ver qué dice.

HERO. Mejor será avisar al buen Benito

Que trate de domar pasion tan fiera;
 Y quiero levantar á mi primita
 Con fin honrado falso testimonio.
 Pues nadie sabe cuánto un mal informe

Emponzoñar podrá el mayor cariño.

URS. No hagais tan gran agravio á vuestra prima.

No puede estar tan falta de criterio,

Teniendo ingenio tan sutil y agudo

Como la fama cuenta, que rechace

A un novio tan galan cual lo es Benito.

HERO. A fe, como él no hay otro en toda Italia,

Siempre exceptuando á mi querido Claudio.

URS. No me riñais, os ruego, si fielmente

Mi parecer declaro: al seor Benito

Por discrecion, valor, gracejo y garbo

Reputan el primero en toda Italia.

HERO. A fe que goza de ínclito renombre.

URS. Y si lo goza es que ganarlo supo.

¿Cuándo os casais, señora?

HERO.

Muy en breve:

Mañana. Vente adentro; he de enseñarte

Algunas galas. Quiero que me digas

Cuál me estará mejor para la boda.

URS. (Aparte.) Ya está enligada, os juro; la cogimos.

HERO. (Aparte.)

Di entónces que el amor es pura suerte:

A tal con flecha, á cual con red da muerte.

(Vánse Hero y Úrsula.)

BEA. (Se adelanta.)

¡Cuál arden mis orejas! ¿Será cierto?

¿Me expone mi altivez á tal censura?

¡Desden, adios! ¡Virgíneo orgullo, has muerto!

De vos no aguardo gloria ni ventura.

Benito, sigue amando; he de premiarte

Domando el alma fiera á tu almo abrazo;

Si me amas, mi aflicion sabrá incitarte

A unir mi amor al tuyo en dulce lazo;

Pues otros dicen que mereces mucho,

Y yo lo creo, áun cuando no lo escucho. (Váse.)

ESCENA II.

Una sala de la casa de Leonato.

Salen DON PEDRO, CLAUDIO, BENITO *y* LEONATO.

D. PED. Aguardo sólo á que se celebre vuestra boda, y parto luego á Aragon.

CLAUD. Os iré sirviendo hasta allí, si me lo permitís, Alteza.

D. PED. No, que eso fuera empañar el nuevo brillo de vuestro matrimonio, bien como si se le enseñara á un niño su vestido nuevo y se le prohibiera el ponérselo. Me atreveré tan sólo á solicitar la compañía de Benito; pues desde la coronilla hasta la punta de los piés es todo alegría: ya van dos ó tres veces que ha cortado la cuerda del arco de Cupido, y el rapaz verdugo no osa dispararle flecha ya. Tiene un corazon tan sano como una campana, cuyo badajo es su lengua; pues lo que piensa su corazon lo charla su lengua.

BEN. Caballeros, yo no soy el que fui.

LEO. Eso digo yo: se me antoja que estais triste.

CLAUD. ¡Dios quiera que esté enamorado!

D. PED. ¡Mal haya el renegado! No corre en sus venas una sola gota de sangre capaz de sentir lealmente los efectos del amor. Si está triste, es que le falta dinero.

BEN. Me duele esta muela.

D. PED. Sácala.

BEN. ¡Que se pudra!

CLAUD. Eso es, que se pudra primero, y sácala despues.

D. PED. ¡Pero hombre! ¿Suspirar de esa manera por un dolor de muelas?

LEO. Que no es sino un flujo ó un gusanillo.

BEN. Está visto: todos saben dominar el mal, menos aquel que lo sufre.

CLAUD. No hay que darle vueltas, está enamorado.

D. PED. Sin embargo, no se advierte en él capricho amoroso alguno, si no es el capricho raro de disfrazarse en trajes extraños: *verbi gratia*: hoy á la holandesa, mañana á la francesa, ó á usanza de dos naciones á la vez; á saber, á la tudésca de cintura para abajo, todo gregüescos; y de cintura para arriba á la española, ropilla no más. Como no le dé la locura por ese capricho, como al parecer le da; otro capricho no tiene que pueda ser causa de su locura, como vos quereis suponer.

CLAUD. Pues como él no esté enamorado de alguna mujer, no hay que dar fe á señales antiguas. Se cepilla el sombrero por la mañana: ¿eso qué indica?

D. PED. ¿Hále visto alguno en casa del barbero?

CLAUD. No, pero háse visto al oficial del barbero con él, y el antiguo adorno de sus mejillas ha servido ya para rellenar pelotas.

LEO. En efecto, tiene cara de más jóven, desde que se rapó la barba.

D. PED. Y además, se perfuma con algalia. Por el olor sacareis la inclinacion de sus instintos.

CLAUD. Que es como si digéramos, el perfumado mancebo está enamorado.

D. PED. La mayor prueba de elloes su melancolía.

CLAUD. ¿Y cuándo se le ha visto lavarse la cara?

D. PED. Por cierto, ¿ó pintarse? Por lo cual ya sé lo que se murmura de él.

CLAUD. ¿Y su genio vivaracho, que se ha reducido á cuerda de laud, que se deja regir por clavijas?

D. PED. A fe que todo eso no es más que el prólogo de una historia trágica: *summa summarum*, está enamorado.

- CLAUD. Sí; y yo sé quién le ama.
 D. PED. ¡Hola! Eso es lo que yo quisiera saber. Apostaría que debe ser alguna persona que no le conoce.
 CLAUD. No, sino muy bien á él y todos sus defectos; y á pesar de todo se muere por él.
 D. PED. Es menester que la entierren boca arriba.
 BEN. Pues nada de eso me alivia el dolor de muelas. (A Leonato.) Venerable señor, venid acá conmigo: he estudiado cinco ó seis palabras sensatas que he menester deciros, y que no hay para qué las oigan estos chorlitos. (Vánse Benito y Leonato.)
 D. PED. ¡Por vida mia, que es para pedirle la mano de Beatriz!
 CLAUD. Así debe ser. A estas horas ya habrán desempeñado Hero y Margarita sus papeles con Beatriz, y ya no se morderán las dos fieras cuando se encuentren.

Sale DON JUAN.

- D. JUAN. Mi hermano y señor, Dios os guarde.
 D. PED. Buenos dias, hermano.
 D. JUAN. Si tuvierais vagar, quisiera hablaros.
 D. PED. ¿A solas?
 D. JUAN. Si os place. No obstante, el conde Claudio puede escuchar; pues el asunto de mi plática le atañe.
 D. PED. ¿Qué es ello?
 D. JUAN. (A Claudio.) ¿Piensa su señoría casarse mañana?
 D. PED. Ya sabéis que sí.
 D. JUAN. No lo sé; cuando sepa él lo que sé.
 CLAUD. Si hubiere algun impedimento, os ruego que lo descubrais.
 D. JUAN. Creereis tal vez que no os quiero: eso se aclarará luego, y juzgareis mejor de mí en vista de lo que os voy á manifestar ahora. En cuanto

á mi hermano, creo que os tiene en mucho, y en el exceso de su cariño ha contribuido á efectuar vuestro próximo enlace. Por cierto, galanteo mal entendido, y trabajo mal empleado.

D. PED. ¿Pues qué acontece?

D. JUAN. Vengo aquí á deciros... y por ser breve (pues hace tiempo que es el hablilla de todos), la dama es desleal.

CLAUD. ¿Quién? ¿Hero?

D. JUAN. La misma. La Hero de Leonato, vuestra Hero, la Hero de todo el mundo.

CLAUD. ¿Desleal?

D. JUAN. La palabra es demasiado blanda para pintar toda su maldad; fácil me fuera demostraros que es cosa peor que eso. Buscad vos un epíteto peor, y yo lo sabré justificar. No os admire hasta tener mayor prueba: venid tan sólo conmigo esta noche, y vereis escalar la ventana de su aposento, la víspera misma de su boda. Si la podeis amar entónces, casaos con ella mañana; aunque convendría más á vuestro honor el mudar de intento.

CLAUD. ¿Es posible?

D. JUAN. Si no os atreveis á fiaros de lo que veis, no atestigüeis entónces lo que sabeis. Si queréis seguirme, yo os mostraré bastante, y cuando veais y oigais lo demas, obrad segun os pareciere.

CLAUD. Si viese esta noche cosa alguna por la cual no debiera casarme con ella mañana, la avergonzaré delante de todos los que deben asistir á mi boda.

D. PED. Y así como rogué en nombre tuyo para lograrla, me juntaré contigo para deshonorarla.

D. JUAN. No quiero seguir hablando en su desdoro hasta que seais testigos de lo que afirmo. Tened paciencia hasta la media noche, y dejad que el caso se aclare por sí mismo.

D. PED. ¡Oh día aciago y triste! ¡En esto paras?

CLAUD. ¡Oh desventura que mi bien destruyes!

D. JUAN. ¡Oh deshonor á tiempo prevenido!

Así direis en viendo el resultado. (Vánse.)

ESCENA III.

Una calle.

Salen MATACAN, VARILLAS y la ronda.

MAT. ¿Sois gente honrada y fiel?

VAR. Sí tal, de otra suerte lástima fuera que no sufrieran eterna *salvacion* en cuerpo y alma.

MAT. No, que eso fuera castigo harto blando para ellos, si tuvieran en sí sólo un átomo de *lealtad*, siendo elegidos para la ronda del príncipe.

VAR. Vamos, comunicadles la consigna, vecino Matacan.

MAT. En primer lugar, ¿quién creis vosotros que sea el de más *incapacidad* para jefe de la ronda?

SERENO 1.º Hugo Cebada y Jorge Carbon, pues saben leer y escribir.

MAT. Ven acá, amigo Carbon. Dios te ha hecho merced de un lindo nombre. El ser buen mozo es don de la fortuna; pero el saber leer y escribir es cosa que da naturaleza.

SER. 2.º Cuyas condiciones ambas, señor alguacil...

MAT. Poseeis vos; ya sabia que íbais á contestar eso. En cuanto á lo de ser buen mozo, dadle á Dios las gracias y no os envanezcáis. En cuanto á saber leer y escribir, sacad esos dotes á relucir donde no hagan falta tales *necedades*. Os tienen aquí por el hombre más *incapaz* y más á propósito para ser jefe de esta ronda; por tanto cargad con la linterna. Hé aquí vuestra consigna: *comprendereis* á todos los vagabun-

dos, y mandareis que se tenga á cualquiera en nombre del príncipe.

SER. ¿Y qué hacer si no quiere tenerse?

MAT. En tal caso no hagais caso alguno de él, sino dejad que se vaya; y llamad en seguida á los demas de la ronda, y dad gracias al Todopoderoso por haberos librado de un bellaco.

VAR. Si no se pára á la voz de «téngase á la justicia,» no debe ser súbdito del príncipe.

MAT. Cierto, y ellos no deben meterse sino con los súbditos del príncipe. No hareis ruido alguno en las calles, porque el chacharear la ronda y hablar es cosa *tolerable* por demas y que no se puede sufrir.

SER. Mejor queremos dormir que charlar; ya sabemos la obligacion de una ronda.

MAT. Por vida, hablais como un sereno antiguo y tranquilísimo; pues á fe, no veo en qué puede ofender el dormir: únicamente tened cuidado de que no os roben los chuzos. Pues bien: debeis llamar á todas las tabernas, y mandar á los que estén borrachos que se vayan á la cama.

SER. 2.º ¿Y si no quieren?

MAT. Pues, entónces, dejadles hasta que les pase la mona: si entónces no os dieren mejor contestacion, bien podreis decir que les tomasteis por lo que no eran.

SER. Muy bien, señor.

MAT. Si topais con un ladron, podeis sospechar en virtud de vuestro cargo, que no es hombre honrado; y en cuanto á esa clase de pájaros, cuanto ménos anduviereis y os metiereis con ellos, tanto mejor para vuestra propia reputacion.

SER. Si nos consta que es ladron, ¿no le echaremos el guante?

MAT. En verdad, lo podeis hacer en virtud de vuestro oficio; pero opino que los que mano-

sean la pez, se suelen ensuciar; por tanto, la conducta más pacífica que podeis seguir, si acaso cogiereis á un ladron, es dejar que obre como quién es, y que se abstraiga furtivamente de vuestra compañía.

VAR. Siempre tuvisteis fama de misericordioso, compañero.

MAT. En verdad, no quisiera ser parte en la ejecucion de un perro, y mucho ménos en la de un hombre á quien le quedara una chispa de honradez en el cuerpo.

VAR. Si oís llorar á una criatura en la noche, debéis llamar á la nodriza, y mandarla que la haga callar.

SER. ¿Y si la nodriza está dormida y no nos quiere hacer caso?

MAT. Pues entónces, idos en paz, y dejad que la criatura la despierte á fuerza de chillar: porque la oveja que no atiende al cordero cuando bala, no escuchará al choto cuando berrea.

VAR. Es muy cierto.

MAT. Aquí acaba la consigna. Vos, jefe de la ronda, representais al mismo príncipe en persona; si tropezais con el príncipe esta noche, le podeis detener.

VAR. No, por la Virgen, creo que no puede hacer eso.

MAT. Cinco reales contra uno á que sí: cualquiera que sepa los *institutos* dirá que le puede detener; se entiende siempre que al príncipe le diere la gana; porque, ya veis, la ronda no debe ofender á nadie; y es una ofensa el detener á un hombre contra su voluntad.

VAR. Por la Virgen, creo que sí.

MAT. ¡Ah! ¡Já, já! Vaya, hidalgos, buenas noches: si ocurre algo grave, llamadme á mí: aconsejese cada cual con sus compañeros y consigo mismo; y buenas noches. ¡Vámonos, vecino?

- SER. Conque, señores, ya oisteis la consigna. Vamos á sentarnos en el poyo de la iglesia hasta las dos, y luego á la cama.
- MAT. Una palabra, honrados vecinos. Os suplico que rondeis la puerta del señor Leonato; pues habiendo boda allí mañana, hay gran bureo esta noche. Adios: mucha *exuberancia*, os lo suplico. (Váuse Matacan y Varillas.)

Salen BORRACHO y CONRADO.

- BOR. ¡Oye, Conrado!
- SER. (Aparte.) Chiton, no os movais.
- BOR. ¡Conrado! ¡No oyes?
- CON. Héteme aquí pegado á tu codo.
- BOR. ¡Diablo! Por cierto que sentí cierto comezon en él, indicio de que me iba á salir la sarna.
- CON. En otra ocasion te daré la respuesta que mereces; prosigue ahora con tu relato.
- BOR. Ponte aquí al abrigo de este tejadillo, pues em pieza á lloviznar; y como buen borracho te lo contaré todo.
- SER. (Aparte.) ¡Alguna traicion, señores! No hagais ruido.
- BOR. Sábetete, pues, que me he ganado mil ducados de D. Juan.
- CON. ¡Cáspita! ¡Es posible que haya bellaquería que valga tanto?
- BOR. Antes debieras preguntar si es posible que haya bellaco que sea tan rico; pues cuando un bellaco rico ha menester de un bellaco pobre, el pobre puede pedir el precio que se le antoje.
- CON. Me admira eso.
- BOR. Bien se ve que no eres de los iniciados. Bien sabes tú que la moda de una ropilla, de un sombrero ó de un ferreruelo nada hacen al hombre.
- CON. Ya lo sé, no es más que el traje.

BOR. Quiero decir, la moda.

CON. Sí, la moda es la moda.

BOR. ¡Bobo! Eso es lo mismo que decir que un necio es un necio. ¿Pero no ves tú qué deforme pícaro es esa moda?

SER. (Aparte.) Conozco á ese *Deforme*: un pícaro ladrón que hace siete años que anda por ahí haciendo de las suyas; y va vestido á lo caballero: me acuerdo de su nombre.

BOR. ¿No oíste á álguien?

CON. No; fué la veleta sobre ese tejado.

BOR. ¿No ves, digo, qué pícaro tan deforme es esa moda? ¿Con qué vértigo trastorna las cabezas ardientes desde los catorce hasta los treinta y cinco? Tan pronto los disfraza á guisa de soldados de Faraon en un cuadro ahumado, como los viste de sacerdotes del dios Baal, que se ven pintados en la vidriera de una antigua catedral; tan pronto los atavia á semejanza de Hércules rapado que figura en un tapiz carcomido y mugriento, en donde su bragueta aparece tan gorda como su porra.

CON. Ya lo veo todo, y veo además que la moda gasta más ropa que el hombre que la lleva. Pero, según veo, á tí también te trastorna el juicio la moda, pues te apartas de tu relato para enredarte con ella.

BOR. No tanto como te imaginas. Sábetete, pues, que esta noche he requebrado á Margarita, la doncella de Hero, con el nombre de Hero. Asomada á la ventana del aposento de su ama, me dió una y mil veces las buenas noches... pero qué mala maña me doy en contarte esta historia. Hubiera debido decirte primero que el príncipe, Claudio y mi amo, plantados, colocados y engañados por mi amo Don Juan, presenciaron desde léjos en el huerto esta amorosa cita.

CON. ¿Y creyeron acaso que Margarita fuese Hero?

BOR. Dos de ellos lo creyeron, el príncipe y Claudio; pero el diablo de mi amo sabia que era Margarita; y en parte por sus juramentos, con que los engatusó primero; en parte por la oscuridad de la noche que no los dejó ver claro; y principalmente por mi bellaquería que confirmó cuantas calumnias inventara Don Juan, fuese Claudio enfurecido: juró que se vería con ella, como estaba acordado, á la mañana siguiente en el templo, y que allí la avergonzaria echándola en cara lo que habia visto la noche anterior, y haria que se volviese á casa sin marido.

SER. 1.º En nombre del príncipe, daos presos.

SER. 2.º Llamad al señor alguacil mayor. Hemos descubierto aquí la más espantosa y deshonesta truhanería que jamás se conoció en el Estado.

SER. 1.º Y anda en esto un tal *Deforme*: le conozco: lleva un rizo.

CON. Señores, señores...

SER. 2.º Ya os obligarán á descubrir el paradero de ese *Deforme*, os lo aseguro.

CON. Pero, señores...

SER. 1.º ¡Silencio! Y sabed que os queremos obedecer llevándoos con nosotros.

BOR. Buen papel vamos á hacer cogidos entre los chuzos de esta gente.

CON. Valiente papel, te lo aseguro. Ea pues, os obedeceremos. (Vánse.)

ESCENA IV.

El aposento de Hero.

Salen HERO, MARGARITA y ÚRSULA.

HERO. Ursula mia, despierta á mi prima Beatriz, y ruégala que se levante.

URS. Voy, señora.

HERO. Y dila que venga aquí.

URS. Muy bien. (Váse.)

MAR. A fe, creo que os sentaria mejor la otra palatina.

HERO. No, querida Margarita, me pondré esta.

MAR. A fe mia que no es tan bonita, y estoy segura que vuestra prima dirá lo mismo.

HERO. Mi prima es una loca y tú eres otra; esta me pondré y esta sola.

MAR. Hallara precioso este nuevo añadido, si fuera el pelo una sombra más oscuro. Vuestro vestido tiene un corte extremado, á fe. He visto el de la duquesa de Milan que ponderan tanto.

HERO. ¡Oh! Dicen que excede á toda ponderacion.

MAR. A fe mia que parece una bata comparado con el vuestro: la tela es de brocado, acuchillada, con pasamano de plata, llovida de perlas, con manga al costado y manga perdida, la falda orlada con un brocadillo azulado; pero en cuanto al corte fino, nuevo, gracioso y señor, el vuestro vale por diez de aquel.

HERO. ¡Dios quiera que la lleve con felicidad! pues mi corazon está apesadumbrado.

MAR. Pronto lo estará aún más con el peso de un hombre.

HERO. ¡Calla! ¿No te da vergüenza?

MAR. ¿Vergüenza? ¿de qué, señora? ¿de hablar de cosas honradas? ¿El casarse no es cosa honrada

¿aun entre gente mendiga? ¿No es honrado vuestro esposo aun sin casarse? Sin duda hubiera debido decir «con perdon de vuestra merced, con el peso de un esposo.» Como vuestros malos pensamientos no interpreten mal mis palabras, con eso á nadie ofendo. Es por ventura cosa mala el decir: «¿estareis más apesadumbrada con el peso de un marido?» Creo que no, siempre que se trate del legítimo marido y de la mujer legítima: siendo de otra suerte, seria cuestion de liviandad y no de peso. Preguntad sino á mi señora Beatriz: aquí viene.

Sale BEATRIZ.

HERO. Buenos dias, prima.

BEA. Buenos dias, querida Hero.

HERO. ¿Qué es esto? ¿Hablas en tono sentimental?

BEA. Se me antoja que estoy completamente desentonada.—Van á dar las cinco, prima; ya es hora de que estuvieras vestida.—¡A fe mia, que estoy muy triste! ¡Ay!

MAR. Como no hayais renegado de vuestros antiguos principios, ya no se podrá navegar por las estrellas.

BEA. ¿Qué querrá decir la boba?

MAR. ¿Yo? nada; pero que Dios dé á cada cual lo que su corazon desea.

HERO. El conde es quien me regaló estos guantes. ¿Qué perfume tan rico!

BEA. Estoy constipada, prima, no tengo olfato.

MAR. ¿Doncella y constipada? No será mal aire el que vos habeis cogido.

BEA. ¡Dios nos la depare buena! ¿De cuándo acá andais vos á caza de chistes?

MAR. Desde que dejasteis vos de seguir la pista. ¿No me sienta bien mi gracejo? Decid.

BEA. No salta bastante á la vista: debieras lle-

varlo en tu tocado, á guisa de floron. ¡A fe mia que estoy enferma!

MAR. Procuraos una d6sis de *Carduus benedictus*, y aplic6oslo al corazon: no hay otro remedio para ese desmayo.

HERO. Mira que eso es pincharla con un cardo.

BEA. ¿*Benedictus*? ¿Y por qu6 *Benedictus*? ¿Encierra tal vez una moraleja ese *Benedictus*?

MAR. ¿Moraleja? Ninguna: quise decir sencillamente cardo bendito. Creereis tal vez que pienso que estais enamorada. ¡Virgen santa! no hay tal cosa; no soy tan necia que d6 cr6dito á todo lo que se me ocurra; ni se me ocurre tampoco dar cr6dito á todo lo que pudiere; y por cierto jam6s se me ocurriría pensar, aunque me volviera loca pensando, que estais enamorada, ni que lo estareis alguna vez, ni siquiera que pudierais estarlo ni aun por asomo. Sin embargo, Benito era otro tal como vos, y ahora se ha vuelto razonable como los demas hombres; jur6 que no se casaría nunca, y ahora, á pesar de su altivez, come su pañ sin rechistar. Si vos os convertireis así alguna vez, es cosa que ignoro; no obstante, se me antoja que mirais por esos ojos lo mismo que las demas mujeres.

BEA. ¿Qué paso es ese que lleva tu lengua?

MAR. No es ningun falso galope.

Sale ÚRSULA.

URS. Entrad, señora: el príncipe, el conde, el señor Benito, Don Juan y todos los galanes de la ciudad vienen á conducirnos á la iglesia.

HERO. Ayudadme á vestir, querida prima, querida Margarita, querida Úrsula. (Vánse.)

ESCENA V.

Otra sala de la casa de Leonato.

Salen LEONATO *con* MATACAN *y* VARILLAS.

LEO. ¿Qué quereis de mí, honrados vecinos?

MAT. A fe, señor, quisiera hablaros en confianza de un asunto que os *discierne*.

LEO. Sed breve, os ruego; pues ya veis que estoy muy atareado.

MAT. Por cierto, señor, que lo estais.

VAR. En efecto, lo estais, señor.

LEO. ¿Qué es ello, amigos míos?

MAT. El bueno de Varillas, señor, se aparta un poco del asunto; va siendo algo viejo, señor, y su ingenio no es tan *obtusos* como, Dios mediante, quisiera yo que fuese. Pero en mi ánimo, que es honrado; eso sí, como las arrugas que tiene entre las cejas.

VAR. Sí, gracias á Dios, soy tan honrado como el que más, si es hombre viejo y no más honrado que yo.

MAT. Las comparaciones son *odorosas*; al grano, compadre Varillas.

LEO. Sabeis vecinos, que sois fastidiosos.

MAT. Favor que nos hace vuestra merced; pero aunque indignos, somos criados del duque. Por mi parte sé decir que áun cuando tuviera tanto fastidio como un rey, lo emplearía todo en vuestra merced.

LEO. ¡Cómo! ¿todo tu fastidio en mí? ¡Já, já!

MAT. A fé, y aunque fuera mil veces mayor de lo que es; pues me consta que gozais de tan buena reputacion como cualquiera en la ciudad; y aunque no soy sino un pobre hombre, me alegro de saberlo.

VAR. Y yo tambien.

LEO. Supiera yo al ménos lo que teneis que decirme.

VAR. Es el caso, señor, que nuestra ronda, con *excepcion* sea dicho de vuestra merced, ha cogido esta noche á un par de pícaros bellacos como no hay otros en toda Mesina.

MAT. ¡Infeliz! No le hagais caso; es un pobre viejo, señor: ahí le teneis, charla que te charla. Como dice el refran: cuando empieza la vejez, acaba la discrecion. ¡Válganos Dios! ¡tal es el mundo! Bien hablado, á fe, compadre Varillas: en fin, Dios nuestro señor es un hombre de bien: si dos hombres montan en un pollino, fuerza es que vaya el uno á las ancas. A fe que es un alma honrada, señor; por mi vida que lo es; pero ¡alabado sea Dios! no somos todos unos... ¡Ay! ¡el bueno del compadre!

LEO. No, pues lo que es vos, vecino, no le vais en zaga.

MAT. Es merced que Dios me hizo.

LEO. Me es fuerza dejaros.

MAT. Una palabra, señor: en efecto, nuestra ronda ha *irritado* á dos hombres sospechosos, y quiéramos que vuestra merced los examinara esta mañana misma.

LEO. Tomadlos vos mismo la declaracion, y traéd-mela luego: tengo ahora gran prisa, como bien podeis echar de ver.

MAT. Descuidad, sabremos *cumplimentarlo*.

LEO. Bebed un trago ántes de íros; y quedad con Dios.

Sale un CRIADO.

CRIA. Mi amo, os aguardan para entregar vuestra hija á su esposo.

LEO. Estoy á sus órdenes; ya voy.

(Vánse Leonato y criado.)

MAT. Id, mi buen compañero, id en busca de Francisco Carbon; y decidle que se traiga su pluma y tintero á la cárcel: debemos tomarles la *afiliacion* á esos bellacos.

VAR. Y es menester que lo hagamos con talento.

MAT. Lo que es eso no faltará, os aseguro: hay aquí (Señalando la frente.) lo que hará que se declare más de uno en *contumacia*. Pero id vos en busca del sabio escribiente, para que ponga por escrito nuestra *excomunion*; y juntaos luego conmigo en la cárcel. (Vánse.)
